

to. Abájanse los adarves y alzanse los muladares. El laurel se agosta y los cardiales se multiplican. Los palacios se mancomonan con los malandrines. Progresan funámbulos y volatineros. Nadie piensa, donde todos lucran; nadie sueña, donde todos tragan. Lo que antes era estigma de infamia o cobardía, tórnase jactancia de astucia; lo que otrora mataba, ahora vivifica, como si hubiera una aclimatación al ridículo; sombras envilecidas se levantan y parecen hombres; la improbidad se pavonea y ostenta, en vez de ser vergonzante y pudorosa. Lo que en las patrias se cubría de vergüenza, en los países cúbrese de honores.

Las jornadas electorales son humillantes en los países mediocrizados: enjuagues de mercenarios o pugilatos de aventureros, cuando no arrebatos de sectarios. La justificación está a cargo de electores inocentes, que van a la parodia como a una fiesta del ideal.

Las fracciones son adversas a todas las originalidades. Hombres ilustres pueden ser víctimas del voto de la canalla; los partidos adornan sus listas con ciertos nombres respetados, sintiendo la necesidad de parapetarse tras el blason intelectual de algunos selectos. Cada piara se forma un Estado mayor que disculpe la pretensión de gobernar a su país, encubriendo las restantes vanidades o piraterías con el pretexto de sostener intereses de partidos. Las excepciones no son toleradas en homenaje a las virtudes: las piaras no admiran ninguna superioridad. Explotan el prestigio del pabellón para dar paso a su mercancía de contrabando; descuentan en el banco del éxito merced a la firma prestigiosa. Por cada hombre de mérito hay docenas de sombras insignificantes.

En las democracias más novicias, llamadas repúblicas por burla, los congresos pueblan de mansos protegidos de las oligarquías dominantes. Medran piaras sumisas, serviles, incondicionales, afeminadas: las mayorías miran al porquero esperando una guindada o una seña. Si alguno se aparta está perdido; los que se rebelan son proscritos sin apelación.

Hay casos aislados de ingenio y de carácter, sofadores de algún apostolado o representantes de fanatismos colectivos; si el tiempo no los domestica, ellos sirven a los demás, justificándose con su presencia, aquilatándose.

Es de lusingos creer que el mérito abre las puertas de los parlamentos envilecidos. Los partidos—o el Gobierno en su nombre—operan una selección entre sus miembros; a expensas del mérito y en favor de la intriga. Un soberano cuantitativo y sin ideales prefiere candidatos que tengan su misma complejidad moral: por simpatía y por conveniencia.

Las más abstrusas fórmulas de la química orgánica parecen balbucos infantiles frente a las vueltacaras del parlamento mediocre. El desprecio de los hombres probos no le amedrenta jamás. Confía en el rebano amorfo: el bajo nivel del representante balaga la insensatez del representado. Por eso los inservibles se adaptan maravillosamente a los desiderata del sufragio universal; la grey se prosterna ante los felices más hueros y los rellena con su complicada tontería (página 244-248).

JOSÉ INGENIEROS

De El hombre mediocre.

La multitud

Con una especie de avaricia acaparadora la Multitud colecciona todas las taras que deshonran a los hombres y no se equala con ninguna virtud. Se muestra cobarde, hipócrita, embustera, servil, grosera, malvada y estúpida. Conservadora sectaria, jamás evolucionista, no cambia jamás, no progresa nunca. La Multitud de la Roma antigua vale la Multitud del París contemporáneo, y en el siglo xx, si de nuevo se juzgara a Cristo, la Multitud no titubaría entre Jesús y Barrabás, porque profesa un culto no disminuido para los gusanos. Instintivamente, adora lo feo y aborrece la belleza; la belleza la ofende gravemente, como una injuria personal.

Temblosa ante la fuerza, se muestra feroz ante la debilidad. Diez guardias municipales mantendrán a raya a cuatro mil hombres que huirán, miedosos, a la menor señal que haga un comisario de policía; pero en carbido, estos mismos cobardes, cuando se juntan veinte mil, matarán a pedradas a un municipal descarnado, al que previamente habrán atado para tirarlo al río, como hicieron en marzo de 1871 con el que echaron al canal Saint-Martin. A cada página de la historia tropieza uno con este paralelismo a la vez cómico y nauseabundo, y el espectáculo de los burgueses que durante la Commune huyeron, con el sudor de la angustia en la frente, y que después, en Versalles, escudados detrás de una fila de guardias, insultaban y golpeaban a los federados prisioneros, da una alta idea de las cualidades de la Multitud. Pueril sería hacerse ilusiones: el suplicio de Matho se renovaría mañana si mañana otro Matho cualquiera cayera en las garras y en los colmillos de los transeuntes. Ascension a mansalva, verter sangre sin temor de riesgo, torturar a un ser evitando la Ley... he aquí el sueño dorado. Y si la pequeña fiesta pudiera desarrollarse en nuestros bulvarés, las damas sensibles pagarían lo que se les picheta para poder obtener un sitio o una ventana desde donde presenciarla. En Carliago se desconocía este sentimiento de confortable práctica, lo que no dejaba de marcar una superioridad sobre nuestra civilización.

No vimos ayer mismo, en la ziborada gris de una madrugada de enero, a una multitud borracha de odio y de rencor, ladrar, furiosa y abyecta, contra un pobre pingajo humano, sólo contra la sociedad y

la violencia, lamentable vencido, que debería haber inspirado respeto el mismo horror de su fracaso y la inmensidad de su desgracia?

Dejo bien sentado que no hago ninguna restricción mental, como pudiera un alumno de la calle de los Postes, y que no acepto ni excepciones ni atenuaciones: por Multitud entiendo una reunión de hombres, sean cuales fueren la situación social, la educación, la instrucción y la inteligencia. No hay una Multitud selecta, porque según una ley psicológica, cuyos datos ignoramos, pero que es cierta, en toda aglomeración de seres humanos los elementos impuros disgregan y corrompen las partes sanas. El contagio obra con seguridad, y el corazón más noble se deja gangrenar por la bajeza tan pronto como se pone en contacto con el monstruo. Una multitud compuesta de Julio Lemaitre, de Barrés, de Bourget, de Forain, de Degas y de otras personalidades de cierta valla, no se mostrará de ningún modo superior a una banda de apaches o de parásitos de prostitutas. El modo de expresarse será diferente, pero los actos y las ideas serán idénticos. Sucesos recientes prueban que no exagero.

Por lo demás, esta misma palabra: *élite*, me parece poco precisa o, por lo menos, muy relativa.

Los artistas y los sabios son considerados como una raza aparte, privilegiada, desinteresada, sutil, activa, supremamente inteligente. Si se examina fríamente lo que producen estos selectos, dudo, no obstante, que merezcan el calificativo de colectividad selecta con que se les gratifica. ¿Cuándo lucharon los artistas contra la ignorancia de la Multitud? ¿Cuándo advirtieron al genio innovador? ¿Cuándo aclamaron al individualismo independiente? Yo no veo en qué el fallo de estos especialistas en ideal haya diferido del del público con el cual, al contrario, forman un excelente maridaje, embrutecidos como están por los mismos prejuicios, las mismas doctrinas, las mismas admiraciones, las mismas fórmulas, en el fondo la misma estética. Sin remontarnos hasta el diluvio, fácil sería enumerar los genios escarmentados por sus compañeros de profesión...

Cuando uno recuerda que la Sociedad de Escritores propuso borrar de sus listas a Victor Hugo y a Julio Vallés en 1871, y a Emilio Zola hace tres años; cuando uno recuerda que esta brava Sociedad rechazó a Luciano Descaves, uno de los más nobles literatos de nuestra época, por el enorme delito de que este independiente se permitió escribir *Sous-Offs*, es suficiente para que nos demos cuenta del nivel cerebral de semejantes colectividades.

En zuma, la Multitud es una. Una parte de ella se alimenta con esta carnicaza podrida llamada *Le Petit Journal* que sacia tan lógicamente su hambre; la otra se vuelve loca por las pornografías salpicadas de moral y de clericalismo que le vende Levedan en su tienda. Por un lado se ensalzan los versos de Dérroulède y por otro se saborean voluptuosamente los himnos de Bernier. Unos y otros están a igual altura y todo el mundo está de acuerdo para execrar a Ibsen y a Tolstói, por unanimidad declarados oscuros, vacíos, aburridos y antifranceses. So pena de verse tratado de «sin patria» hay que declarar, quieras que no, que el *Aiglon* se cieme como una obra maestra sobre el arte contemporáneo y que Juan Rameau maneja la pluma mejor que Voltaire.

La previsora naturaleza distribuye a la Multitud los grandes hombres que merece. Por esto no veréis nunca sobre la mesa de un rumiante una página de Montaigne, de Pascal, de Diderot, de Vigny, de Baudelaire o de Renan; tampoco tendréis la satisfacción de oír a uno de estos habituales aplaudidores de Desiderato Louis declarar una fuga de Bach, un fragmento de oratorio de Handel, o el dúo de *Tristán e Isolda*; tampoco veréis reproducidos ni en yeso ni en cine artísticos la Minerva de Egipto, las estatuas de la Catedral de Amiens, de los mineros de Constantino Meunier o de los *Burgueses de Calais*, de Rodin; tampoco contemplaréis las copias, en cromó, de las decoraciones de Puvion de Chavannes, de los paisajes de Monet, las figuras de Renan, los rincónes de vida de Degas. Estas manifestaciones del arte no gustarían al público y no tendrían éxito. No, no temáis que esto ocurra, porque la Multitud tiene la seguridad de comer cada día la sempiterna bazofia de la mesa redonda a la cual tiene el estómago acostumbrado.

Lo que no está muy segura de encontrar constantemente en su camino son botas para lamerlas. Y no obstante, un activo movimiento de lengua sobre unas suelas de zapato fangosas y a ser posible manchadas de sangre, le es indispensable a su higiene, al perfecto funcionamiento de su organismo. Privarla de esta sana gimnasia la pone triste, la molesta, la exaspera, la lleva a los peores excesos. Por lo demás, no es muestra ni circunspecta ni difícil, y con tal de que pueda dar: libre curso a su natural servilismo, poco le importa la elección de sus amores. Con todo, entendámonos bien: como la Multitud posee gustos de prostituta, es necesario que las botas que desca lamer calcen un señor bien trajeado, un caballero con mucho gabán, un joven vestido de azul, de amarillo, de escarlata o verde manzana, un mechó que sepa ensayar su saber o su látigo sobre el doblado espinazo de los transeuntes. Napoleón, que trituraba la humanidad con sus manos de bandido coronado y que arrojó al muladar cien mil hombres de golpe, Napoleón encarnaba y encarnará el tipo supremo de este género. Con un tipo de este temple, gastárase la lengua sin pedir tregua, y nuestros jóvenes y activos literatos hace tiempo que se están empleando en esta faena que es su delicia.

La única grandeza de la Multitud, su

único mérito estriba en que no se equivoca nunca; de modo que sus gustos forman un criterio infalible; si ella arrastra por el fango a un hombre, es que este hombre es grande; si babea sobre un acto, es que este acto es noble; si vilipendia una obra, es que esta obra es una obra maestra, y los palatazos que ella lanza forman la corona más gloriosa y deseable para un hombre, inconscientemente se dirige hacia la infamia, como el cerdo hacia las trufas. Cuando más vil y despreciable es un ser, más ella le admira. En este orden de ideas, lo reconozco, la Multitud no gusta de la mediocridad.

Un día de Carnaval, uno de estos días de fiesta en que la Multitud ostenta una cierta coquetería en deleitarse con su imbecilidad, en que los paseantes sacan a relucir su grosería más particularmente innoble y se engalanan con una ineptia alegre y especialmente agresiva, presencié un espectáculo reconfortante y poco banal. De las ventanas de un restorán elegante, unos cuantos jóvenes y muchachas del mundo dorado, medio borrachos y aturdidos por el ruido de la calle, arrojaban vitualias, pasteles y naranjas a la Multitud que se tiraba sobre la presa, cual pudieron hacerlo los animales domesticados del Parque. Uno de aquellos bromistas, con más imaginación, tiró monedas de cobre y pesetas a la acera, pero previniendo que no continuarían si no se recogían con la boca. Y entonces habrían visto a hombres de cuatro patas arrastrándose por el arroyo, llenándose la boca de confeti manchados de barro, ensuciándose la cara con las inmundicias de la calle, para atrapar el dinero que otros les disputaban a mordiscos. Y la Multitud formó círculo para contemplar el espectáculo, chillando de alegría, estremeciéndose de placer, riendo epíteticamente, aplaudiendo la invención espiritual del señorito. Ni una indignación, ni una protesta. Entre los espectadores había burgueses, empleados, obreros sólidos y robustos cuyos puños habrían podido destruir un cráneo. Nadie, nadie tuvo la osadía de subir al restorán, de hundir la puerta a puntapiés, de abofetear a aquellos indecentes guasones, de dar una azotaina a aquellas damas y tirarlos después por la ventana junto con la mesa y la vajilla, a que se reunieran con sus dineros. Ni una rebeldía contra los harapientos cuyas contorsiones recogían a los transeuntes; ni uno sólo tuvo la idea de limpiarse los dientes, hundiéndose en la garganta de los que se les relan en las barbas.

Y contemplando aquello, con escalofrío de asco, pensé en el Emperador romano que incendió la ciudad de las siete colinas y presencié, desde una terraza, el suplicio de cien mil criaturas humanas, acaso obedeciendo a la repulsión que le causaba la Multitud. Incomprendido y desconocido. ¿Fue Nerón un simpático calumniado y un íntegro justiciero?

FRANTY JOURDAIN

La penosa tarea

Los hombres generosos que demandan a las autoridades protección para los infelices chinos que venden por las calles de la corte juguetes de papel, nos denuncian hechos abominables que nos abochoran y conturban. Los desgraciados inmigrantes asiáticos son cruelmente perseguidos, escarmentados, atormentados por turbas soeces de chiquillos sin instrucción, mujeres carentes de sensibilidad y hombres de la más despreciable raza. Los pobres chinos, aterrados, se apoyan en los muros sin atreverse a alzar la vista sobre sus verdugos y sufren, con estoica resignación, injurias, ofensas, pinchazos y golpes. Ni siquiera les queda el recurso de protestar; ignoran nuestro idioma; su semejanza con nosotros los coloca en estado de irremediable y completísima indefensión. Cuando observan lo que les rodea, ni las fisionomías, ni las indumentarias, ni el lenguaje, ni las edificaciones, ni los cultivos, ni la cúpula de los cielos, que parece cobijar a todos los hombres, se asemeja a los rostros, las vestiduras, las viviendas, el terreno y el firmamento de su país. Están solos entre seres extraños y agresivos, más solos que en el desierto sobre su camello, el beduíno y el condor en la cima de las montañas.

En sus pupilas reverbera la tristeza infinita; otras veces sonríen con expresión amarga; piensan tal vez, ante la ferocidad e impudicia de sus verdugos, que tal es, ha sido y será siempre el fondo salvaje, destructor e ímpio de la Humanidad.

En los pueblos que presumen de más adelantados hay siempre una muchedumbre propicia a burlarse de cuanto juzga extraño; turba soez, patulea egoísta que mide la ajena sensibilidad por la propia y el cosmos por el diámetro de su cráneo cético. Esta es la que vilipendia a los jornaleros, injuria a los tuceros, rie de los anormales y persigue a los tipos exóticos; es la turba abyecta que aclama a Barrabás y reclama el suplicio del justo; el odio rebano que surgió en los autos de fe y cubrió, durante el Terror, de lodo y de piedras las carretas de los aristócratas. Ella debe ser corregida con buenas palabras, grabadas en el mango de un látigo; ella necesita ser amansada por el procedimiento del domador que, con una mano acaricia la melena del artero felino, y con otra aproxima a su piel la extremidad roziza de un hierro candente.

El pueblo debe odiarla; por ella es esclavo y lo será; porque sólo la dignidad enaenapa.

Las fuerzas físicas desencadenadas, destruyen; el animal, mata; sólo el ser racional atormenta. ¡Triste privilegio del ser humano, ese de complacerse en el ajeno dolor! Aniquilar al enemigo o al que supone tal, y aún devorarlo, propio es del irracional y del bruto. Desde Darwin acá, todos los materializadores de las leyes elec-

nas nos han descrito con su magno horror espantable la lucha por la vida y la posesión.

Bajo las aguas más serenas, cabe los tallos verdequeantes o los floridos y jugosos cespedes, en la sangre misma poblada de miríadas de microrganismos. En la gota de agua que despenden condensada, las nubes, el eterno combate se realiza: el fuerte devora o aplasta al indefenso y se nutre voraz a sus expensas. La Ciencia así lo afirma. ¡Qué ciencia, más triste! Pero atormentar a sus semejantes, deleitarse en su sufrimiento, recrearse en sus muecas de dolor y en sus retorcimientos de angustia, eso es propio, privativo del *homo sapiens*. Muerto el enemigo, el animal sigue su labor de reproducción impertérrito.

El hombre quiere más necesita el espectáculo del martirio, la vergüenza ajena ante la humillación, el desfallecimiento de su víctima ante el vencimiento y la infamia.

Así la especie zoológica es brutal, pero no vergonzosa; la odisea de los escarabajos es menos repugnante que la de Homero, y aún todavía, según una frase feliz, se han representado epopeyas que nadie se atreve a firmar. Hay en la historia humana paraísos perdidos cuyo Satanás despreciable, jamás hallará un Milton. Aún en el todo de los pantanos pululan los gérmenes. En el fango del alma humana no puede haber sino esterilidad.

Lo que más horroriza en las guerras no es la matanza apocalíptica que revierte al polvo a millones de hombres; no es la destrucción de ciudades y aldeas; el arrasamiento de los floridos predios, ni el sumergimiento de las gallardas y potentes naves. Es la crueldad de la soldadesca cebándose en seres indefensos: el suplicio de las mujeres, de los niños, de los prisioneros, de los ancianos, los enfermos y los sacerdotes. Lo más terrible del martirio no es el dolor que despedaza sino la burla que denigra. Hay algo más sombrío que el Gólgota: el balcón de Pilatos. La maldad de un hombre se perdonaba; nos hierre, pero no nos rebaja; puede ser un enfermo, un idiota, lo que se llama un irresponsable.

La brutalidad colectiva nos abisma en la desesperanza, porque pugna con el instinto de la especie, con la confianza en todo progreso inmaterial. ¿Para qué la labor de los sabios, la abnegación de los buenos, la inspiración de los artistas, el sacrificio de los redentores, si al cabo de los siglos las turbas han de seguir revolotándose en la bajeza y reclamando el suplicio de los inmaculados? ¿Qué explicación buscar al dolor si se le cierra el horizonte sonrosado de su educadora eficacia? He aquí por qué la guerra actual sabe amargar sus vahos; más que a sangre trascienden a billy; es la lucha por un ideal, sino por apetitos de dominación o sed de ensañamiento. Forzoso es tener el alma muy bien templada para soportar esta contradicción entre el pensamiento y la realidad. Por fortuna es verdad el axioma de que si el mundo se destruyera con su propia maldad, bastaría hacerlo resurgir una sola lágrima de un justo.

Si se pudiera retroceder hasta la primitiva animalidad inconsciente, sería suficiente a rehabilitar a la raza humana la enunciación de una igualdad algebraica o una máxima eterna salida de los labios de un soñador. Helado el planeta y cubierta su costra de nieve hasta la altura de cien codos, tenía que derretirse al calor del cerebro de un solo pensador o del corazón de una sola madre.

¡Qué largo es el combate entre la barbarie y la inteligencia; entre la maldad primitiva y la generosidad culta y magnánima! Pero por lo mismo ¡qué noble y meritoria! Llegará un día en que no habrá extranjeros; sean blancos o negros, africanos, indios o mongoles, todos los hombres, allí donde estén, se encontrarán dentro de su patria. Bastará que un individuo muestre entre nosotros la tez bronceada o amarillenta, las cejas torcidas, la frente aplastada, deforme el pie, desviadas las vértebras para que lo acolamos entre nosotros con cariño intenso y nos dispongamos a hacerle olvidar su patria ausente, su torturadora miseria o su deformidad involuntaria.

Del mismo modo advendrán los tiempos en que las fronteras serán nombre vano, y todos los humanos se sentirán unidos en labor y dolor. ¿Cuándo? Cuando sea. Rian de tal proposición los incapaces de comprenderla; más: se de ella quienes no sienten renovarse de piedad sus entrañas ante el sufrimiento de los pobres chinitos, vejados y escarmentados en la plaza pública, una guerra, cien, volverán a asolar el planeta y aplastarán los progresos de veinte siglos. Tal vez vuelvan a reinar en la tierra la esclavitud y el odio. Pero luego, uncido a una rueda de molino, sepultado en un calabozo o clavado a martillo en una cruz, un hombre predicará otra vez la fraternidad luminosa y en el cerebro de un atormentado volverá a resurgir la redentora y perdurable utopía.

ANTONIO ZOZAYA

Labor anarquista

Contra todo lo que era de esperar, la Sala de la Audiencia de Barcelona ha decretado la libertad de Bravo Portillo, revocando la disposición del juez que le procesó.

Indignación nos ha producido esto: pero luego, discutiendo serenamente, hemos pensado que el pueblo necesita es as lecciones, para ver si de una vez se convence del fango en que se revuelcan todas las instituciones del Estado.

Bravo Portillo ha sido declarado inocente y puro—como dijo un diputado canero—como el aliento de los ángeles.

En la cárcel de Barcelona hay gran número de obreros procesados, inocentes, a los que se les niega la libertad provisional con fianza.

Creemos que con esta justicia se ha hecho más labor demoleadora, que con ciertos artículos furibundos.

Si como hombres que sufrimos constantemente las injusticias de la justicia, esto nos asquea, como anarquistas, nos satisface que en la Audiencia de Barcelona, se haga labor demoleadora, casi anarquista. Y decimos casi anarquista, porque nosotros, si sabemos demoler lo arcaico y corrompido, también sabemos levantar sobre los escombros de una sociedad infamante, la sociedad del amor y de la justicia.

Comentarios breves

No tenemos el mal gusto de tratar con miserables... morales; por lo tanto, no es de extrañar que cuando alguien de esa calaña se mete con nosotros, no nos demos por enterados.

Tanto es así, que a no ser por la *Sofía*, no sabríamos que unos miserables de esos, han dicho que un artículo publicado en este periódico, fué dictado por el Kaiser.

No, hombres, no; bien o mal, escribimos sin necesidad de dictador; eso se deja para los pobres de meollo, para los miserables como vosotros que necesitan dictadores morales y materiales. llámense Guillerms o llámense Alejandro.

De un artículo de José M. Salaverría publicado en *La Vanguardia*.

No sin un poco de pena descubro, al indagar en mi psicología, que no soy «un espíritu rebelde».

Ese descubrimiento ya lo habíamos hecho nosotros. Si fuera usted un espíritu rebelde, *La Vanguardia* y A. B. C. le habrían mandado mudar, como dicen en la Argentina.

¡Buenos son los tales periódicos para transigir con rebeldías! Y sobre todo, ¡bueno está usted para perder el cocido por imitar a Lurbell!

Signa usted por ese camino, y no hay micido de que el dios capital lo arroje de un puntapié del paraíso llamado prensa burguesa.

Copiamos:

«Granada.—El cónsul belga, don Luis Peismaeker, para celebrar la liberación de su patria, costeó en la cocina económica una comida extraordinaria a favor de los necesitados. El acto resultó hermosísimo; asistieron las autoridades, y se sirvió un suculento menú a centenares de pobres».

Nada; que a pesar de la liberación de Bélgica, los granadinos pobres son tan esclavos como antes; esclavos del hambre; y de esa esclavitud no se sale aunque lo mande Wilson, que es en estos momentos quien lo dispone todo; todo, menos mandar llorar y que los granadinos pobres llenen la andorga a diario.

Y a propósito de Wilson.

Una entidad barcelonesa, de cuyo nombre no queremos acordarnos para no bombardearla, piensa regalarle una corona al ya famoso presidente.

Ni que decir tiene que la susodicha prenda será de lance. ¡Son tantas las coronas que estos días han caído en manos de los ropavejeros! A nosotros nos parece estar oyendo a los favorecidos por una abdicación forzosa o un destronamiento aparatoso.

—¡Para cambiar una corona de cabeza no hacían falta alforjas revolucionarias!

Cambó ha descubierto, y ha ido con su descubrimiento a Madrid, que Cataluña es el pueblo más espiritual de la tierra.

¡Hasta los obreros, según el *leader* regionalista, plantean más huelgas por cuestiones de dignidad y amor propio, que por rebaja de horas y por lo que se relaciona con la manácula y el bolsillo.

Acceptamos lo de la espiritualidad como un pipro adulatorio; pero no olvidemos que de no haber hecho huelgas de carácter económico, los obreros catalanes estaríamos todavía en las mismas condiciones que nuestros abuelos.

Esta es la verdad; lo otro es querer hacer creer al mundo que la burguesía catalana ata a sus obreros con longanizas espirituales, y les hace comulgar con ruedas autonomistas.

Unos hambrientos sin trampa ni cartón es decir, obreros, anunciaron que el *Sindicato del ramo del Bastezo* iba a dar un mitin en el Paseo de Colón.

¿Y sabéis quien acudió a la cita? Todavía la policía y la guardia civil de Barcelona. El gobernador se equivocó al leer la convocatoria del mitin; leyó *hambrocas* en vez de *hambrientos*, y ordenó que los de charrasco hicieran acto de presencia.

¡Vamos, que los Poncios sufren una equivocación!

Es lo que decía uno de los de la guerrilla fúnebre:

—Pase que el gobernador nos tenga por hambrocos; pero eso de suponer que damos *mitines* no se le ocurre ni al que astilla la manteca. ¿Qué sabemos nosotros de esas cosas?

Y tenía razón el ginece gubernativo. ¡Quié sabe un hambroco de los problemas de hambre!

A pesar de los 75.000 bolchevitas, Bravo Portillo ha sido puesto en libertad.

Por algo somos nosotros anarquistas secos. Siendo como somos, evitamos que la diosa Themis nos de con la balanza de las carnes.

Como que nada hemos pedido, no hemos salido defraudados. ¿Aprovechará la lección los 75.000?

En Valencia ha sido detenido un muchacho de once años que, en los días,